



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Febrero.

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

POR
Luis Taboada

NUESTROS AFICIONADOS

POR
J. López Silva

SOLUCIÓN

POR
José Estremera

UN TIPO

POR
Eduardo Bustillo

EL ASCENSOR

POR
Juan Pérez Zúñiga

LA TAL

POR
José Juan Cadenas

EL BUEY SUELTO

POR
Sinesio Delgado

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

FEBRERO

MEDALLA

(dos viñetas)

EN LA VÍA PÚBLICA

(cuatro viñetas)

SOLUCIÓN

(tres viñetas)

POR

Cillo

ESPAÑA CÓMICA

(Ornate)

POR

Mecachis



—Yo invito á propios y extraños
á faltar al catecismo,
y me aburriré... lo mismo
que me he aburrido otros años.



DE TODO UN POCO

Los moritos de la embajada han expresado su complacencia, en términos cariñosos, por el amable recibimiento que han merecido en Madrid. Manifiéstanse alegres, duermen bien y comen con excelente apetito, según leo en los periódicos.

¡Lorado sea Dios, y hasta Alá, si á mano viene!

..Sería muy de lamentar que no obtuvieran entre nosotros las consideraciones y el respeto que merecen amigos tan leales y tan morenos.

Cierto que no vienen á regalarnos nada—como no sean los tan acreditados caballitos y las espingardas de rúbrica,—pero de todos modos, entre nosotros están, á nuestra casa han venido y hay que tratarles con afecto y saludarles con simpatía.

Ayer tarde me encontré á dos en la Carrara de San Jerónimo y les dije abur con la manita. Ellos me miraron, como si fuera un antiguo conocido suyo, y estuve por ofrecerles un café con media tostada.

El gobierno tiene mucho interés en que les tratemos con el mayor cariño, y por eso las personas sinceramente ministeriales les visitan y agasajan.

Anoche un diputado de la mayoría, que espera ser pronto gobernador civil, cogió á *Sidi-el-Almohadón-ben Mojama-Abel*, etc., y se lo llevó á su casa, para que conociera á su señora é hijos.

—Siéntate, amigo Almohadón—le dijo,—y quítate las babuchas si te estorban, que aquí estás en tu casa.

—*Ja-ma-l-i-jui-jui*—contestó el moro, que es como si dijera: «¡Rediós! Así me gustan á mí los hombres».

Pero como el diputado no conoce más lenguas que la suya y la de su esposa, se limitó á llamar á ésta á grandes voces.

—Sal, Gumersinda, que está aquí un amigo mogrebino y te quiere conocer. Saca también á los chiquitines y lávalos antes, para que pueda besarlos sin escrúpulos.

Almohadón, agradecido, se puso á rascarse los pies, que es una de las pruebas de afecto más grandes que puede dar un moro; después salió la diputada y sus cinco vástagos, y el *Sidi* los fué tomando á peso uno por uno; después movió la cabeza con aire complacido.

—¿Se los irá á comer?—preguntó la diputada al oído de su consorte.

—Calla, mujer. ¡Si es un chico muy cariñoso, que no toma nada entre horas!

Para obsequiar al moro, los amos de la casa improvisaron una reunión, á la que asistieron cuatro ó cinco chicas de la vecindad en estado de merecer, y dos chicos que viven de huéspedes en el piso cuarto.

—Vaya, á bailar—dijo la señora de la casa sentándose ante un piano que sonaba lo mismo que una chocolatera.

El moro se sentó sobre la alfombra, con las piernas en cruz y la mirada fija en el espacio.

—¿No baila usted?—preguntóle el diputado.

Por toda respuesta Almohadón incorporóse y fué á estrechar entre sus manos á una de las chicas.

—¡Jesus, qué moro más atrevido!—exclamaba la muchacha.

Y decía el diputado:

—Déjale y no le contraríes. Hay que tratarles bien y no llevarles la contraria, que para eso son nuestros amigos. Si sabe López Domínguez que tratas mal á este morito, va á tener un disgusto muy grande. No seas tonta, mujer; deja que te apriete..

Y continúa la racha de los pícaros de levita.

Hay caballeros que huyen con los fondos, caballeros que entran en las casas con ganzúa, y caballeros que se llevan los gabanes nuevecitos y dejan los viejos.

Para merecer la consideración pública y privada, lo primero que se necesita es usar buena ropa.

En cambio, los que llevan *chagués* raídos y pantalones con flecos engendran el más absoluto desdén en el corazón del público.

Nadie cree que pueda ser caballero el hombre que lleva los tacones torcidos y usa un sombrero hongo color de ala de mosca.

Tengo yo un vecino capitalista y casero, que vive en la mayor estrechez, aprovecha los fósforos apagados y se corta el pelo á sí mismo para ahorrarse el peluquero.

Antes de soltar una peseta es capaz de dejarse hacer picadillo, y el año pasado tuvo una erupción maligna porque le resultó falsa una moneda de diez reales.

El otro día fué á pedirle prórroga un pobre inquilino y por poco lo mata.

—¿Cómo se entiende?—decía el gran tacafío.—¿Tiene usted valor para pedirme prórroga? Si no se quita usted de delante soy capaz de tirarle por el balcón. ¡Holgazán! ¡Vicioso! ¿Cree usted que no le he visto la otra mañana comerse un trocho de col en la escalera? Gastan ustedes en cosas superficiales y después vienen á pedir prórrogas..

Aquel día el feroz casero tuvo una irritación muy grande á causa del disgusto, y lo primero que hizo fué decir á la criada:

—No me pongas comida hoy, porque estoy desganado. Tú, si tienes ganas, puedes ir á ver á tu madre, y haz lo posible para que te convide á comer.

Dos días después, el casero recibía la visita de un joven elegantemente vestido, que fué á hablarle de negocios, y acabó por pedirle prestados cincuenta duros.

—Se los he dado, sí, señor—me decía después,—porque es una persona decente y llevaba un gabán muy hermoso, con forro de seda.

—Pues no vuelva usted á ver los cincuenta duros.

—¿Cree usted que una persona tan elegante, con un cuello tan bien planchado y unas botas que daba gusto verlas, iba á quedar mal por mí reales?

El caso fué que el casero no ha vuelto á ver al otro, y hoy está en la cama, con media docena de sanguijuelas en la rabadilla.

De cuando en cuando lanza un suspiro y dice á la criada:

—Cuando me quites las sanguijuelas porque se hayan cansado de picar, no las molestes y guárdalas en la despensa.

—¿Para qué?

—Para volverlas á vender. Lo principal es que no lo pierda yo todo.

¡Fíese usted de los caballeros bien trajeados!

Luis Calçada.

NUESTROS AFICIONADOS.

—¡Vamos, hombre, tú estás loco! ¿Cómo quieres comparar el mérito de *La Uterpe* con el de mi sociedad, cuando ésta vale lo menos un millón de veces más?

—Si no, que te lo pregunten á tí.

—No hay necesidad, porque de eso se ha enterado casi too el mundo, lo cual que ya sabes tú que existen pruebas.

—¿Cuál?

—¿Cómo que cuál? Pues qué, ¿no damos nosotros fauciones de pago y van á vernos, y muchas veces hasta se llena el local, mientras tanto que á vosotros sus dejan aunque ofrecéis la entrá de gratis y encima café con media tostá?

—¿Y eso que prueba? —Eso prueba que tenemos personal y dirección y quinqué y un porción de cosas más. —¿Si que nosotros!..

—¡Si vosotros principiáis por tener un galán joven

que no sabe pronunciar de bruto que es!

—¿Quién, Carrasco?

—¿Me parece!

—¿Como que hay que tirarle!

—¡Claro.

—¿Banno!

—Pero ¿qué se va á esperar de un actor que la otra noche, creo que fué en *El pañal del gato*, por decir laiga, fué y dijo hayá!

—¿Vamos, mié las asidas que tiene éste!

Si uno se fuere á fijar en las equivocaciones con escrupulosidad, ni Romea, ni Riscal, ni Carrion serian na, porque ¿quién no se equivoca?

—Un servidor. Y además, es que Carrasco habla así porque es una nulidad y nunca ha tenido trato con personas finas,

y pa salir á las tablas se debe saber hablar y ponerse una levita.

—Eso sí.

—¿Pues natural! Vamos, ¿quién dice que yo

vendo patatas asés cuando se hace una obra fina y voy y salgo de fraz? ¡Ni Dios! Y es que la elegancia nace con el hombre ya. —Aire sí lo tienes.

—Eso no me lo puedes negar, como no puedes negarme tampoco que á la Millán, esa dama que tenéis desde hace una temporá, se la cargan toos los públicos. —¡Esas son ganas de hablar! ¡Tú la has visto *La Gran Vía*! —Varias veces.

—¿Y qué? —Na Pa los que se la hemos visto á Concha, la del *Melar*, que, aunque no presume tanto, tié tablas y tié verdaz, eso ni es vía, ni es grande, ni es chicha ni es limoná. Pero últimamente, aquí vamos á lo prencipal del asunto. ¿Tú que sacas de las funciones que daís, y eso que eres el mejor aztor de la sociedad? —Muchas gracias.

—¿Sacas algo? —Viceversa. —Natural! Bueno, pues en cambio ahí tienes: ¿ves esta capa azalá con los embozos de celpa y los contra de astrakán y la esclavina de raso y la abertura bordá? —Sí.

—Bueno, pues esta capa

la he comprado en el bazar del Cis con la parte líquida de una función teatral que hemos dao á beneficio de una viuda desgraciá. —Eso es el sínó.

—Corriente, como lo quieras llamar; pero, en resumidas cuentas, el hecho efectivo y rial es que si á ti, por ejemplo, te se ocurre el osequiar á la Cayetana, tienes que echar mano del jornal, á amortizar una prenda, á abusar de la amistad empeñándote con éste ó con el de más allá. —¡Adiós, Rochill!

—¿Quién? —Tú. —Róchil no, porque es esagerar, pero tú sabes que el día que tiene la Soledaz un antojo y hay que dárselo por el estao en que está, ó se ocurre que un amigo cuenta conmigo pa armar una juerga, siempre day la cara y no quedo mal, porque, en buena hora lo digno, tengo la probalidaz de que yo, con redemir de servicio militar á cualquier jornalero en Talla, pues ya está. —Se aumenta bastante.

—¡Leñe! ¡Ah! ¿conque estó es aumentar? ¿Cuándo me has visto tú á mí sin dos duros? ¡En jamás!

Pues si no fuera por eso, ¿cómo habia de llevar la ropa interior que lleva la Masimina, que va talmente como si hubiese nacido en la casa rial de limpia.

—¡Mucho ha cambiao de pocos meses acá! —¿Quién, ella? Como que hoy día no hay dios que la haga llevar una muda tres semanas en el cuerpo. Si es verdaz que tampoco tié que hacer otra cosa más que asar las patatas y cuidarse de su aseó personal; pero á que no va como ella ni la mujer del cazar de Rusia pongo yo un duro contra un céntimo de rial. En fin, ¡tú ves eso negro contra la generalidaz llevamos en las rodillas! —Sí.

—Bueno, pues ella na. —¡Se lo quitá! —Pues es claro. —Mal hecho. —Toma, y tan mal, como que si sigue así está á pique de enfermar, porque á mí que no me digan que eso es sano, Nicolás. Y sobre too, que lo sabe cualquiera en la vecindaz y te pones es redículo. —Pues haste de respetar. —¿Voy á matarla? —No. —¡Entonces!.

Pero, volviendo hacia atrás, ¡tú quieres hacer carrera? —¡Hombre, pa chasco! —¿Formá!

—Sí. —Pues salte de *La Uterpe* y entra en *La Estrella Polar*, y en cuatro, ó cinco, ó seis años llegas á ser un Luján, á deajo yo que me amputen cualquier cosa. ¡Mialás! —¡Tampoco!

—¿Qué? ¡Vamos, hombre Tú haces de reir la mar hasta en los dramas, y á ti, créeme, no te falta más que dejar que te dirija un artista de verdaz, como mangue, pa que tengas las contratas á patás. Conque, ¿qué dices?

—Que puede que lo tomaran á mal los otros socios. —¿Y qué? Se les sueltan dos trompás. Mira, esta noche á las nueve tenemos ensayo en ca de la Mochales; te llegas y te presento, y en paz. Qué, ¿te esperamos?

—Corriente. —No faltes. —¿Que he de faltar! —Pues voy á ver si me estreno, chico. —Hasta luego, Julián. —¡Adiós! ¡Chuletas de huerta! —¡Adiós!

—¡Patatas asanas!

J. López Silva.

(ANVERSO)

MEDALLA

(REVERSO)



—Ahí vienen las de Pelusilla. En la cara no las conoce el asombro que las produce mi manera distinguidísima de llevar la ropa.

—Hija, ahí tienes á Paquito Cerote, hecho una facha, como de costumbre. —¡Jesús! Dan ganas de decirle: «¡Cochero, arrea!»

En la vía pública.



— Voy á la Puerta del Sol... y me encuentro con que me han quitado la jofaina; voy á la Cibeles... y también me han suprimido el palanganero... ¡Rediez! Luego le llaman á uno desaseño, y no tiene uno la culpa.

— Tú te acercas y le dices que eres viuda de un brigadier carlista que dejó enterrados cien mil duros en un sitio que sabes; y luego me presento yo y digo que soy el brigadier carlista...

— Pero, hombre, si he dicho que era viuda.

— ¡Ah, es verdad! Pues entonces seré un mariscal francés muy amigo de tu difunto.



— Y ¿qué haces tú cuando aprieta el fresen?
— Apretar yo un pocu más en la cuestión de la bebida.



— Con este fierzo pérdida y aleva, los hombres ¡ay! están como la uvea.



Solución.

I

«Dormir! ¿Quién piensa hoy en dormir! Además, me sería completamente imposible. Pues ¡poquitas cosas tengo en que pensar! ¿Cuándo amanecerá! ¡Mañana!...

Mañana es el gran día

Parece mentira que yo, Clotilde Mendoza, que aunque me esté mal el decirlo, he sido el encanto de mi sociedad, de mi querido gran mundo, acabe por renunciar á juegos, bailes y, me lo confesaré á mí misma, á las cien mil coquetías que se consienten á una muchacha voltera y á las que tiene que renunciar en cuanto se case.

De modo que esta noche, ahora mismo, tengo que renunciar á ellas, puesto que mañana seré ya la señora marquesa de Cuatropinos.

Y yo creo que no estoy todo lo orgullosa que debía estar; porque ¡ya es triunfo haber conquistado al más rico, al más elegante y al mejor mozo de la aristocracia española! Así es que la de Peralta y la de Rofresco y otras doce ó catorce, y me quedo corta, que me le han disputado, segura estoy de que se están comiendo á estas horas los puños de rabia.

En fin, dejemos eso. Ello es que me caso, esta mañana; que para ir á la iglesia estrenaré este hermosísimo vestido, que ha de aumentar la fama á la gran modista Mme. Virginia; que los reviseros de salones le describirán minuciosamente en sus respectivos periódicos, sin omitir aquello de que la novia estaba bellísima, etc., etc. Pepito Plumillas, que hace estas cosas tan perfectamente, dará cuenta en *El Encaje Azul* de los trajes que me han hecho, contando con todos sus detalles lo caprichosos y lindos que son el de viaje, el de caza y los de playa. Y contará también que, desde la iglesia, los novios saldrán para Francia, Alemania y Suiza. ¡Suiza! Mentira me parece que vaya al fin á ver ese país novelesco con que tantas veces he soñado. ¡Guillermo Tell! ¡El Simplón, el Pilatos, el lago de los Cuatro Cantones!

Y después de este viaje de boda, á mis posesiones de Andalucía. ¡Mira! ¡qué hermosísima palabra! ¡qué bien suena! Y no hay que darle vueltas, dentro de pocas horas seré dueña y señora del cortijo de las Tanejas, de la dehesa del Sotillo, de... ¡qué sé yo cuántas fincas son las que tenemos en aquella bendita tierra de María Santísima!

Y por último, á pasar el invierno en el precioso hotel de la Castellana.

Verdaderamente, todavía no me he dado cuenta exacta de todo lo feliz que soy. Porque ¡cuidado que soy feliz! ¡Y no es un sueño, no!

Aquí, al derredor mío tengo todos los trajes, esperando el feliz momento de la partida; sillas, butacas, todos los muebles ostentan los preciosos regalos de boda. Es indudable: mañana se realizan con creces todas las ilusiones de mi vida.»

II

«Encantada estaba la hermosa Clotilde con estas y otras deliciosas imaginaciones cuando sigilosamente entró en el gabinete Petra, su doncella de confianza, que estaba en la casa desde niña, y en voz muy baja y demostrando en el rostro cierta ansiedad le dijo: «Señorita, señorita, acabo de ver una cosa horrible. Siento mucho tener que contársela á usted; pero es necesario que sepa usted lo que ocurre. —¿Qué pasa, mujer? Traes una cara que no parece sino que acaba de sucederte una gran desgracia. —No es pequeña la que le tengo á usted que contar. ¡Buena la ha hecho usted, señorita, con consentir en casarse con ese señor! —El marqués! —Sí, señora, el marqués, que ha resultado ser un grandísimo bribón. —¿Petra!... ¿Qué significa ese lenguaje? Acaba de una vez. —Pues mire usted, estaba yo ahora mismo con mi novio en el café de la esquina, cuando vi llegar al señorito que, sin verme, se sentó en el diván que estaba á espaldas del mío. A poco llegó un caballero que se acercó á él y le dijo: Pero ¡hombre! ¿es verdad que te casas mañana? —Sí que me caso. —¿Pues qué has hecho de Pura? —Nada, sigo con ella; no he pensado jamás abandonarla ni separarme por completo de aquellas dos criaturitas que Dios nos ha dado. Pero yo necesito casarme ya sabes por qué. Como Pura no puede ser mi mujer, tomo otra que por su rango y sus condiciones pueda hacer los honores de mi casa. De



modo que mientras Para seguirá siendo mi mujer de hecho y su familia la mía, Clotilde será la figura decorativa á quien todo hombre de mis condiciones necesita llamar su señora.»

Al oír esto Clotilde, no acertó á añadir una palabra; quedóse perpleja, anonadada; no sabía si dar crédito á las palabras de la doncella ó insultarla y maltratarla como chismosa y malintencionada. Sin embargo, no podía dudar de Petra: desde niña había tenido en ella más una confidente que una criada, y no podía dudar del verdadero cariño que siempre le había profesado.



Lloró, suspiró, anduvo como loca de un lado á otro de la habitación, haciendo pedazos con los dientes el pañuelo que estrujaba con las manos y murmurando palabras incoherentes é imprecaciones, hasta que vino á caer como desvanecida y de un golpe sobre un sillón en que poco antes había colocado con exquisita delicadeza, por temor de ajarlo, uno de los más lindos y delicados vestidos que había salido de manos de Mme. Virginia.

De pronto, levantándose como impulsada por un resorte, cogió una toquilla y, liándose sin cuidado por la cabeza, dijo:—«¡Vamos! ¿Dónde está ese café?—¿Qué va usted á hacer, señorita?—No sé, déjame... Ven conmigo...»

III

«Cuanto había dicho Petra era cierto. La misma Clotilde, desde el sitio del café donde antes había estado la doncella con su novio, oyó la conversación que aún seguían el marqués y su camarada, de la cual dedujo de una manera indudable que su futuro era un bribón de siete suelas, y ella estaba destinada á ser marquesa *in partibus infidelium*.

Se contuvo sin decir una palabra, y saliendo del café, logrando no ser sorprendida, volvió á su casa y se dejó caer de nuevo en el sillón, donde estuvo largo tiempo silenciosa, con los dedos entre los dientes y mirando con fijeza de demente á un punto que no veía.

En este tiempo estuvo estudiando su situación. ¿Había de renunciar á la boda? Los trajes... los regalos... el viaje de novios... el título... el hotel de la Castellana... sus enemigas triunfantes... la campanada... el qué dirán.

La doncella la contemplaba atónita y llorosa, esperando que de aquellas reflexiones á que su señorita se había entregado saldría la terrible renuncia á la mano del marqués de Cnatropinos; pero la futura esposa, levantándose con cierta serenidad y pasándose el pañuelo por la cara, le dijo de un modo imperioso:—«Que nadie sepa nada de esto. A mi vuelta del viaje de novios decidiré lo que deba hacer».

José Estremera.

Un tipo.

Es ésta una chiquilla hermosa como un ángel, y que, al primer encuentro, los corazones parte.

Los cerros son sus ojos cuando la luz esparcen; el ano el matutino y el otro el de la tarde.

Su talle se cimbréa con coquetil donaire; la moda se hace esclava de aquel gracioso talle.

Con mano de hada coge la falda de su traje para que el pie chiquito admiren los galanes; y si éstos, á su paso, la halagan con sus frases, hay algo en su sonrisa del ídolo adorable.

Ya la habrán visto ustedes, pues es un sol que sale y no se pone nunca, ni cuando cae la tarde.

A tiendas, por el día, cruzando va las calles, y más que compradora parece comerciante.

En el Pinar famoso es ella indispensable, y allí, en las Calatravas, no hay fiesta que no guarde.

Junto al Lusbel Caddo también va á pasarse; que allí están muchos tontos si caen ó non caen.

Del Real al paraíso tampoco es bien que falle, y allí, todas las noches, preside un coro de ángeles; en delantera siempre, sin que se oculte á nadie, porque las cosas buenas justo es que estén delante.

Su madre la acompaña, con un recelo grande, con un ojo en la chica y el otro en los merchantes.

¿Merece tal belleza la pena de arriesgarse y de ofrecerle el alma al pie de los altares?

La joya está tan vista que, en tan temible trance, será mejor dejarla en brazos de su madre.

Eduardo Bustillo.

EL ASCENSOR

Puesto que mis musas no me otorgan hoy sus favores, sólo hablaré á mis lectores de lo que ayer me pasó. Hay en casa de Aguilera (señor á quien yo visito) un ascensor muy bonito en medio de la escalera. Si no quiere uno cansarse, en el ascensor se mete y, dentro, en un periquete puede uno mismo elevarse, poniéndolo en movimiento para efectuar el transporte con tocar cierto resorte que hay debajo del asiento. Al lado precisamente de la casa referida hay otra tan parecida que las confunde la gente, pues está de igual manera el portal que en la anterior; pero no tiene ascensor en medio de la escalera; lo que hay es un cochitritl injerto en confesonario que es el *estuche* ordinario de una portera incivil.

Ayer, cuando anochece, cogí el bastón y el abrigo y fálme á hacer á mi amigo un rato de compañía. Sin luz que me dirigiera y yo, sin dula, ofuscado, entré en la casa de al lado de la que ocupa Aguilera, la que no tiene ascensor, la que tiene la garita donde la portera habita durmiendo á más y mejor. A tantas llegué al lugar del ascensor, y al momento me coloqué en el asiento de enfrente sin vacilar. Todo oscuro y silencioso, tan sólo se percibían los ronquidos que surgían del asiento misterioso. Acostumbrado á ir allí, busqué el resorte sin miedo, y al apretar con el dedo lo que resorte creí, el asiento, ó lo que fuera, dió un grito desaforado. ¡Horror! ¡Me había sentado encima de la portera!

Juan Pérez Zúñiga.

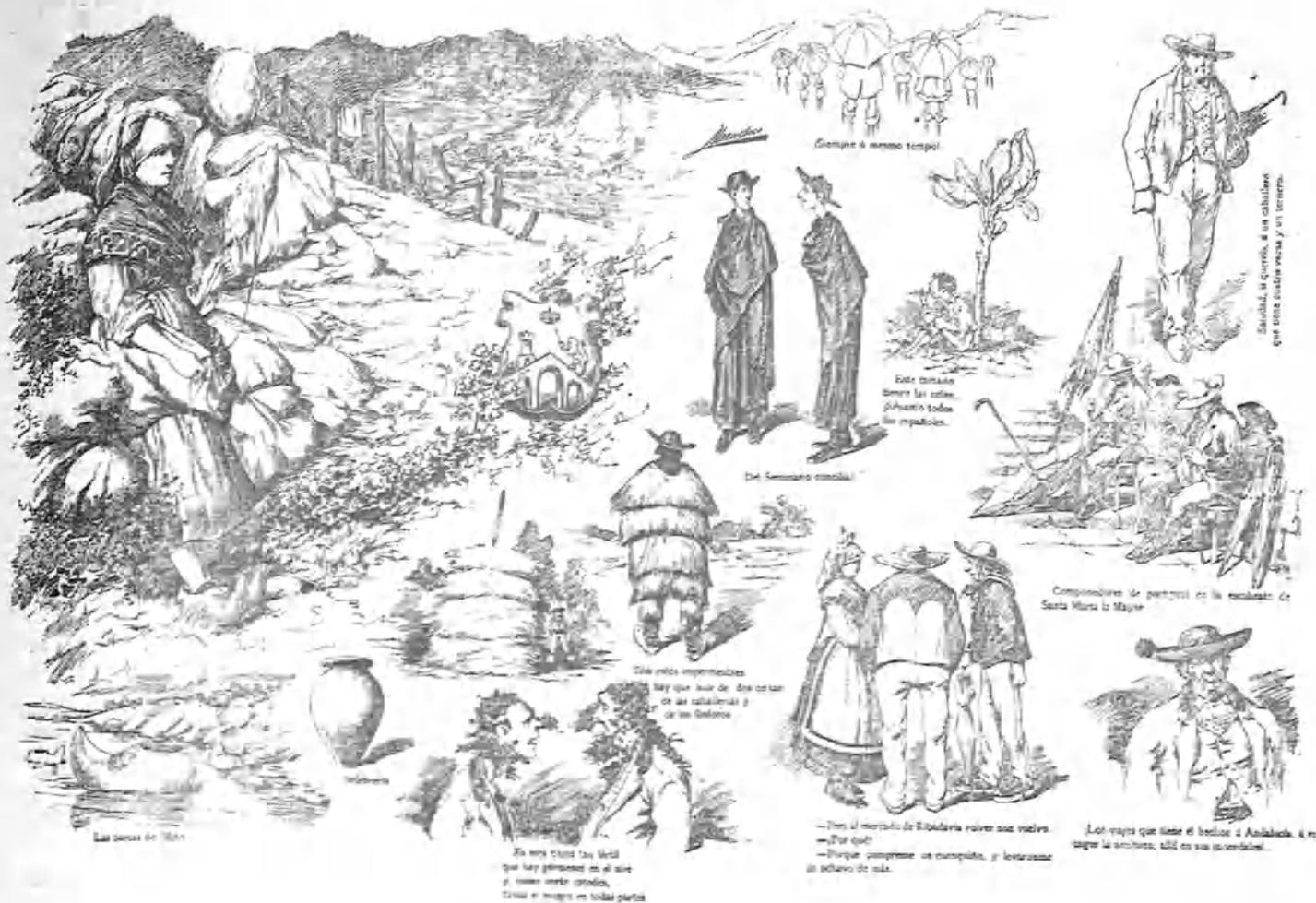
La Tal.

Si en Fornós, de madrugada, entráis un día cualquiera, entre aquella muchedumbre trasnochadora, compuesta de tahares, viejos verdes, inocentes calaveras, aristocráticos chulos y muchachos de la crema, allí veréis á la Tal desgñada y descompuesta, terciado el mantón de flecos, rodando de mesa en mesa, comenzando la de siempre cotidiana borrachera, y escuchando aquí un insulto y más allá una ternura. La Tal es una muchacha muy pintada y muy coqueta que ve transcurrir sus días entre jaranas y juergas. Por su alegría es el alma de todas las francachelas; ninguna como ella ríe, ni alborota, ni bromea, ni es capaz de colocarse de pie encima de la mesa y darse *cuatro patadas* echando al aire las piernas. A veces, en los delirios

de la torpe borrachera, la Tal se entristece y canta cadenciosas malagueñas; y es su acento tan sentido, tan profunda su tristeza que á menudo en su garganta los sollozos se atraviesan y ahogan la copia en sus labios y sin terminar la dejan. Así es la Tal, alocada, levantisca ó zalamera, pues su carácter varía según el vino que beba; y cuando alguna mañana los camareros la encuentran, rendida por el cansancio, durmiendo en una banquetta, despeinados los cabellos y la cara macilenta, despegada la pintura y marcadas las ojeras, más que mujer es guñapo que pide á voces la espuerta. Pero no la desprecieis, la Tal es carne de juerga y con el canto y el vino y el baile y las borracheras se suicida poco á poco ahogando en vino sus penas.

José Juan Cadenas.

ESPAÑA CÓMICA.



Las cosas de allá

En este mundo hay vida que hay gemidos en el aire y un gran ruido grande. Córre el mundo en todas partes

Companes á mismo tiempo

Este mundo tiene las cosas. ¡Pues no todas las españolas!

Del Suroeste español

Diez mil impresiones hay que hay de los coros de las ciudades y de las aldeas

Compañeros de partido en la reunión de Santa Marta la Mayor

Los viajes que tiene el hombre á Andalucía. ¿No sigue la historia, allí en su actualidad?

—¿En el mercado de Eldobana volver sus raíces? —¿Por qué? —Porque comprarse un campo, y leerse en el libro de vida.

EL BUEN SUELTO

¡Otro año de placer, oh noble duque!
Y así piensas vivir los que pudieres,
hasta que, hacienda punto en tus placeres,
el golpe de la Parca te desauque.
Tranquilo llevas por la mar te buque
domando las borrascas como quieres,
entre el juego y el vino y las mujeres
y un doctor que te tiña y que te estaque.
Vives y comes sin quehacer ni oficio,
mientras á mí la prole me deavela
costándome á diario un sacrificio.
Pero ¡no te acongoja y descorraes
que te barco, bogando por el vicio,
no dejara tras sí rastro ni casta!

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS

¡Luego dirán que sólo los yankees tienen excentricidades y rarezas!
Tengo yo en esta imprenta, que pongo á la disposición de ustedes, unos empleados, españoles hasta la médula y del propio riñón de Madrid los más de ellos, que dan quince y raya á los hijos de New-York floreciente.
El presente número del MADRID CÓMICO es el 624, como pueden ustedes ver en la cabecera... y ¿á que no saben ustedes cuál es el anterior?
—¡El seiscientos veintitrés!— dirán, como movidos por un resorte, los menos avisados.
¡Vaya una gracia! Eso sería lo lógico, lo natural, lo corriente, y para eso no necesitábamos alforjas... ni humorismo tipográfico de ninguna clase.
Lo que se sale de lo vulgar, y viene á romper la monotonía de la existencia amarga y los antiguos moldes, es que el número publicado en la semana pasada es el... ¡620!
—¡Recontra!— dirán ustedes. Y ¿cómo puede ser eso?
—Pues por una excentricidad genuinamente española que deja atrás á todas las conocidas. Aquí, cuando nos ponemos á una cosa, ó la hacemos bien, ó no la hacemos,
«sin reparar en meses ni en castañas»,
ni en orden cronológico, ni en leyes fundamentales de la naturaleza.

Lo malo es que yo, pobrecito administrador, sin sombra de culpa, voy á pagar el pato aguantando las reclamaciones, embrollos y trabacuentas que la broma va á traer como coletilla.
Y sólo puedo rogar á Dios, á los corresponsales y á ustedes que prescinden en absoluto del número 629, ¡que no ha salido todavía!, y calculen, consideren y se convenzan de que el correspondiente al sábado 26 de Enero es el seiscientos veintitrés sin mezcla de nueve alguno, un seiscientos veintitrés como una casa, ¡el más puro y más limpio y más claro de todos los seiscientos veintitreses de la tierra!

Sr. Director general de Correos:
Ant: todo, dispense usted que suprima el tratamiento, porque con lo que me está pasando estos días estoy con la cabeza á pájaros y la bilis atravesada en la garganta.
En primer lugar, ha de saber usted que el 6 de Enero remití una carta certificada que contenía setenta y cinco pesetas en billetes.
La carta llegó el día 18 á su destino, ¡con once días justos de retraso! Y ¿á que no sabe usted por qué se retrasó la carta?
Porque uno de los empleados que tienen el honor de servir á sus órdenes se la llevó tranquilamente á su casa y la tuvo allí todo ese tiempo.
¡Para gozar y recrearse con el autógrafo del sobre!
¡Ay, ojalá hubiera sido para eso! No, señor; fué para abrirla con toda comodidad, sin dejar rastro ni huella de la operación, y quedarse con los quince duros... ¡que así permita Dios se los gaste en botica!
Si usted quiere hacer algo para encontrar al ladrón, puedo ayudarle con los justificantes de lo que llevo dicho, con sus fechas, datos, recibos, etc., etc...
Pero ¡ay! mucho me temo que se lo haya tragado la tierra.

La cual tierra debía tragarse también á los seis ciudadanos, no menos empleados de Correos que el otro, que me han honrado como yo no merezco leyendo las copias que forman mi libro... *V pocas nuces*, que un editor amable acaba de dar á la estampa.
Porque yo había cometido la imprudencia de mandar ese fruto de mi ingenio á varios amigos y parientes de provincias para que con él se regodearan si á bien lo tuviesen... ¡y ni por casualidad lo ha recibido uno solo!
Ya hace mucho tiempo que dicen malas lenguas que por el correo no se pueden mandar libros, ni valores, ni cosa que se lo parezca, y gracias á Dios nos hemos acostumbrado á esta idea.
¡Pero debía hacerse algo para que se fuera perdiendo la costumbre!

La novia de Blas Torrijo
anda mal de ortografía,
y en una carta le dijo:
—¡Hay hijo! — cuando quería
decir solamente: — ¡Ay, hijo!

FEDERICO CANALEJAS.

Libros:
- *El sábado*, sainete lírico en un acto y en verso, original de los señores Perrín y Palacios, música del maestro Nieto, estrenado recientemente con gran aplauso en el Teatro Eslava.

- *En la tumba de una madre*, monólogo dramático en un acto y en verso, original de D. David del Pino, estrenado en el Teatro del Centro, de Sevilla, en Agosto de 1893.

- *La partida de damas*, comedia en un acto y en verso, original de don Manuel Soriano, estrenada con éxito extraordinario en el teatro Martín, donde continúa representándose.

- *La educación gmnástica*, por D. Francisco Pedregal Prida. Un tomo en 4.º mayor, de cerca de 400 páginas, con 258 fotografías. Excusamos encarecer la importancia de esta obra, ahora que los trabajos de todos los hombres de ciencia tienden á favorecer el desarrollo del organismo, como remedio á la decadencia de la raza. Diremos sólo que es el tratado más completo sobre la materia que se ha publicado en España. Y á pesar de esto, sólo cuesta 6 pesetas en las principales librerías.



Hoy jueves, al entrar el número en máquina, recibimos la terrible noticia del fallecimiento de nuestro mejor amigo, de nuestro compañero de siempre, D. José Estremera.

Sin tiempo para retirar su artículo, ¡su último artículo!, escrito unos días, casi horas, antes de morir, nos humillamos ante lo irremediable, con el corazón destrozado y las lágrimas en los ojos.

¡Es tan duro, tan tremendo para nosotros este golpe de la desgracia!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El mismo. — No tanto peca de largo como de anodino y pedestre, que es cosa más grave todavía.

S. — Hace mucho tiempo hubiera podido pasar; ahora... se ha hecho demasiado vulgar eso.

Colito. — ¡Que si sirve! ¡Caramba! Yo bien quisiera contestar afirmativamente, pero ¡es tan malo!

Carrasco. — Veamos:

«Como fiel amante te entregué
mi corazón palpitante de amor.
Pero ya sabes tu que tengo honor,
y no me pesa lo que por tí pagué.»

Soneto que empieza así no puede acabar más que de una manera: ¡Pasado por las armas!

Sr. D. R. S. — Eso no revela sino que es usted inocente como una tortola. ¿Que aquí no se publican más que cosas de la casa? ¿Que más quisiera yo sino que usted no escribiera romances tan mediosos como el de la muestra!

Sr. D. E. N. — No, señor; malos no son precisamente, adolecen de vulgaridad nada más.

El gladiador de Ravena. — Tampoco está mal, y también es un poco pasado de moda el género.

Norte y Sur. — Eso me recuerda aquella preciosísima parodia de Tauboads, que ridiculizó el sistema del modo siguiente:

«Yo soy la miga del panecillo,
¡la rosca tú!»

Sr. D. A. A. A. — Eso no es contar las sílabas, amigo; eso es dejarlas que corran sueltas como un arroyuelo.

Sr. D. J. C. — La forma es bastante incorrecta y los epigramas carecen de saliente.

Sr. D. A. C. S. — Se publicará, Dios mediante.

Sr. D. F. G. — El asunto es profundamente antipático, y estaba por decir que un poquito cursi.

Sr. D. M. C. — Muy mediana por donde quiera que se la mire.

Patata. — A guasa me huele, y usted perdona la suspicacia.

Un ríspido. — Lo que no le ha pasado á usted nunca le ha sucedido ahora, y es que, aparte de que el asunto no vale la pena, se le han quedado dos versos cojos.

El moro Musa. — De veras siento no poder aprovechar nada.

Reian-do. — Digo lo mismo, con idéntica pena.

Carrascós que no soy crítico. — Ya vamos estando conformes; pero si no soy imparcial, conste que no es ni ha sido nunca á sabidas.

Una señora de Tarrasa. — ¿Sabe usted lo que creo, alma mía? Que el soneto á la inopinada y púrpala muerte de mi sobrino me lo ha enseñado usted otras veces con el mismo sacrosanto fin de entretenerse un rato.

Uno de Toro. — Es de un humorismo trasnochado desgraciadamente.

El príncipe Micomición. — Precisamente por exceso de confianza dejo de contestarle á usted. ¿Viene una cosa que me agrada? La publico sin aviso previo. ¿Me gusta poco? Callo y la dejo. ¿No es mejor así?

K. Pi Q. A. — ¡Dios mío! ¡qué desbarajustel Ni las sílabas bien contadas, ni los asonantes en su sitio. Parece hecho mal de propósito. ¡Y acaso así sea!

Sr. D. F. R. — Carecen de novedad... y de soltura. Se ve que ha abandonado usted el trabajo y le sale premioso.

Pepe. — Un millón de gracias. Mi opinión... se la he demostrado prácticamente en distintas ocasiones. Se publicará la muestra.

Un chico. — Tampoco puedo insertar pingana menudencia.

Kodajas. — Ya sabrá usted que aquello se desahoga y hay combinación nueva... ¿Querrá usted creer que no le echado la vista encima al interesado? Pero el encargo no se me olvida.

Incipiente. — No está mal el soneto; pero no tiene novedad alguna el su to.

NOTA. No me querrán ustedes creer si les digo que en estas dos semanas se han aglomerado de tal modo las composiciones, que tengo que dejar más de cien cartas sin contestación, á pesar de haberme extendido demasiado. Lo que yo siento es pasar por descortés sin intención alguna.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA
TRADE MARK
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid. — Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias. — Semestra, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar. — Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos. — Idem atrasado, 50.

Á corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Representante exclusivo en la República Argentina D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 10 duplicado.—Teléfono núm. 824.